

Ulrich Hefner

La
HERMANDAD
de CRISTO

Título original: *Die Bruderschaft Christi*

Primera edición: 2012

© Ulrich Hefner, 2009
© traducción: Francisca M.^a Ferre Pérez, 2012
© de esta edición: Bóveda, 2012
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-15497-16-5
Depósito legal: SE-3329-2012
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	15
1. ^a PARTE	
<i>Oculto en el valle del Cedrón</i>	27
2. ^a PARTE	
<i>La búsqueda de la verdad</i>	215
3. ^a PARTE	
<i>La muerte del silencio</i>	379
<i>Epílogo</i>	599

Estimado/a lector/a:

Me complace volver a invitarle a una emocionante excursión dentro del mundo de las novelas policíacas.

Según la opinión de mis lectores y las reseñas de mis obras, he conseguido entretener con el «tercer nivel» de una forma divertida, a la vez que manteniendo la intriga.

Con *La Hermandad de Cristo* quisiera seguir avanzando en esta dirección y volver a ofrecerle el mejor de los suspensores, esta vez acompañado de la arqueología y la historia eclesiástica.

Allí donde se desdibuja el horizonte entre la realidad y la ficción, allí busco mis historias. Pretendo sacar a mis lectores de su vida cotidiana y transportarlos al terrorífico pero místico e inspirador cosmos de la literatura policíaca. Leer es como ver una película de cine pero con la imaginación, usted será su propio director y productor. En usted reside, además, el papel de los actores. Una vez más, déjese llevar por las aventuras de mis historias.

Jerusalén, Roma, París y la idílica región de Königsee, al sur de Alemania, son los escenarios de una intrigante cacería tras el legado de Cristo.

En Jerusalén, durante unas excavaciones en el valle del Cedrón, un equipo de arqueólogos halló la tumba secreta de un caballero de las Cruzadas en cuyo sarcófago se encontraba el misterio de Yeshua ben Joseph, al que todos conocemos como Jesús de Nazaret, el hijo de Dios y nuestro Salvador según la lectura eclesiástica. Pero, ¿qué se esconde realmente detrás de este hombre que hace dos mil años derribó los pilares del Imperio romano en Judea? Por este descubrimiento los arqueólogos pondrán en peligro sus vidas...

Y hasta aquí no me gustaría desvelarles más...

Deambule por la Tierra Santa siguiendo las huellas de Jesucristo, aprenda más sobre las relaciones y contextos que se dieron entonces, hace más de dos mil años, y déjese llevar por esta intrigante historia que sólo existe para usted, estimada lectora, estimado lector.

Cordiales saludos

Que Cristo murió por nuestros pecados,
conforme a las Escrituras;
y que fue sepultado,
y que resucitó al tercer día,
conforme a las Escrituras;
y que apareció a Cefas,
y después a los doce.
Después apareció a más
de quinientos hermanos a la vez,
de los cuales muchos viven aún,
y otros ya duermen.
Después apareció a Jacobo;
después a todos los apóstoles.

1. Corintios 15,3-4

*Dedicado a todas aquellas personas
que poseen una fuerte creencia*

PRÓLOGO

La Tierra Santa al final del día

EL FUEGO DE LOS YACIMIENTOS SE HABÍA EXTINGUIDO. LA oscuridad se inclinaba sobre la polvorienta tierra. En el monte de Gólgota regresaba la tranquilidad. La muchedumbre se había retirado, había desaparecido entre la impenetrable confusión de callejuelas y caminos entrelazados de la ciudad cercana. Los soldados ocupaban sus puestos y miraban con recelo al cielo que se oscurecía. Allí, donde hacía unas horas los espectadores se agolpaban para seguir el macabro espectáculo, reinaba un sombrío vacío. Solo aquí y allá se podían vislumbrar aún algunas personas dispersas que seguían su camino, robándole unas miradas a las tres cruces que se levantaban en la cima del monte de Gólgota.

Alrededor del monte, justo al lado de la guarnición, los legionarios habían montado sus tiendas. Refuerzos de las regiones cercanas que Poncio Pilatos, el prefecto de Jerusalén, había mandado llamar para mantener la seguridad.

El Nazareno había muerto, crucificado ante los ojos del pueblo y no había sucedido nada. Cuando el legionario abrió su costado con la lanza, la sangre escapó a borbotones. Sangre roja y espesa. Y ningún ejército de ángeles armados con espa-

das bajó del cielo, no estalló ninguna tempestad y ningún diluvio barrió la tierra. Solo poco antes de que el Nazareno exhalara por última vez, una nube negra oscureció el cielo sumergiendo el monte de Gólgota en una mortecina luz. Pero la nube se disipó, desplazada por el suave viento.

Nadie se atrevería a oponerse al Imperio. Nadie, ni siquiera el autodenominado Dios de los judíos.

—Misión cumplida —suspiró Poncio Pilatos—. El pueblo mantuvo la calma. Te preocupaste en vano.

Marco Aurelio, el comandante de las Fuerzas de Protección, vació su copa de vino.

—Representó un gran peligro para nosotros cuando estaba en vida —contestó Marco Aurelio— y seguirá siéndolo más allá de su muerte. El Nazareno consiguió convocar a su alrededor a una gran multitud. Y su muerte no cambiará nada. Venerarán su cuerpo y transmitirán su palabra.

—A no ser que no tengan nada que venerar —contestó Poncio Pilatos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Se le va a negar a la madre del Nazareno la entrega del cadáver de su hijo. No descansará en la tierra de Jerusalén. Se descolgará de la cruz y se quemará, sus cenizas volarán con el viento. Son mis órdenes.

Marco Aurelio miraba con asombro al prefecto de Jerusalén.

—Los judíos nunca te lo perdonarán, es tradición...

—No me importa la tradición —apostrofó Poncio Pilatos al comandante de la Legión—. Sus cenizas volarán con el viento en todas las direcciones y sus pensamientos no perdurarán. Lo olvidarán, nada ni nadie hará recordar al Nazareno.

Marco Aurelio fijó sus preocupados ojos en Poncio Pilatos.

—Tuviste miedo, eres gobernador romano con dos legiones que te respaldan y sentistes miedo. Miedo de un único hombre que ni siquiera se atrevió a luchar. Por Júpiter, aún se puede percibir tu miedo. Aunque aparentes despreocupación aún tiembblas como una niña. Lo veo, lo huelo. Por todos los dioses, se te ha metido el miedo hasta en los huesos...

—¡Cállate! —ordenó Poncio Pilatos al comandante—. Se nota que tantas batallas y matanzas te han afectado y enturbian tu mente. Como hombre de lucha nunca entenderás el poder que posee la palabra. Acuérdate de cuando llegó a la ciudad. Movilizó a miles de personas que lo alababan. Solo una señal suya hubiese bastado para que la ciudad se bañase en sangre. Podría haber sido nuestra sangre la que hoy empara el polvo.

—Admiras a ese hombre, a esa sencilla persona, hijo de un carpintero de Nazaret —replicó Marco Aurelio.

Poncio Pilatos se posó en un diván.

—Sí, era mucho más que un simple hombre, era una persona especial, una de las pocas que se pueden encontrar bajo el reluciente sol. Y tenía algo, algo que nosotros perdimos hace tiempo.

Marco Aurelio se inclinó hacia el prefecto.

—Dime pues: ¿qué es lo que le hacía destacar entre los demás? ¿Qué poseía él que nosotros no pudiéramos tener?

—Tenía una fe —contestó con sequedad Poncio Pilatos.

*

Apartados del lugar de la ejecución, al oeste de la ciudad, en el barrio de los peleteros y curtidores, se habían reunido bajo la protección de los muros de adobe y el hedor de los talleres. Debían ser cautos, la ciudad estaba plagada de espías,

legionarios y todo tipo de gentuza que, por un par de asnos, venderían hasta sus propios hijos.

Pero los legionarios y los lacayos de las autoridades romanas apenas se dejaban ver entre las tortuosas callejuelas del barrio de los curtidores donde el hedor envolvía todo, incluso de noche. Estaban sentados alrededor de una hoguera. Dos hombres y una mujer con la cabeza cubierta por un pañuelo gris.

—A los esbirros romanos no les basta con matarlo —afirmó Cefas en el abrumador silencio—. Quieren aniquilarlo y exterminar su cuerpo de la faz de la tierra. Pero no lo permitiremos. No hay derecho.

—Y, ¿qué quieres hacer para evitarlo Cefas? —preguntó Jonás.

Cefas miró a su alrededor.

—Tenemos que empezar a actuar. No podemos dejarles su cuerpo.

La mujer dio un fuerte alarido.

—Es mi hijo y no puedo dárselo a los romanos. Tiene que descansar en la tierra, como dice nuestra tradición, hasta que su padre lo llame.

Jonás se levantó de golpe.

—Pero, ¿cómo? Los romanos están ocupando sus puestos. Lo vigilan. Son numerosos, más que nunca. Patrullan en cada esquina de la ciudad. Están armados hasta los dientes. ¿No dijo Jesús que en este día no se debía derramar sangre? Aún no ha llegado nuestra hora.

—Te equivocas —interrumpió Cefas—. Nuestra hora sí ha llegado. Todo está preparado. Tenemos que partir, no hay tiempo que perder.

Magdalena entró en la habitación. Se sentó junto a María echándole el brazo sobre sus hombros. Cefas se levantó, agarró un bastón y se dirigió hacia la puerta con Jonás.

—Nos vemos al final del día de mañana en el monte de Belén, en la bifurcación del camino hacia Besch Hamir —informó Cefas dirigiéndose a Magdalena—. Lleva a María contigo y dale cobijo. No os preocupéis, no vamos a dejar a Jesús solo. En caso de que faltéis, os esperaremos en el lago junto a las cuevas. Tened cuidado de que nadie os siga y partid en cuanto nuestros pasos se desvanezcan. En esta ciudad pronto se producirá un levantamiento. Dirigíos hacia el Este, evitad el monte de Gólgota y llevad suficientes provisiones. Nos tendremos que esconder un largo tiempo.

Magdalena se levantó.

—Tened cuidado —respondió—. Hoy no puede derramarse ni una gota más de sangre judía.

Cefas asintió antes de abandonar la casa. Jonás le seguía de cerca. Bajo su holgada vestimenta escondía un hacha de guerra.

*

Eran siete. Una pequeña misión para evitar llamar la atención. Sus antorchas brillaban en la oscuridad. El ladrido de los perros de la ciudad vecina escalaba hasta el monte. Por lo demás, reinaba la calma. La multitud se había retirado para descansar. Algunos se marcharon para olvidar. Otros, con los ojos llorosos, pensaban sobre el día pasado, el día en el que todas sus esperanzas se habían desvanecido.

Se levantó viento. Un viento caliente del desierto que hizo temblar las llamas de las antorchas. Entre la tenebrosa penumbra sacaron la cruz de la tierra y la dejaron caer al suelo. Se podía leer INRI en una tabla sobre la cabeza del cadáver. Blanco, de color alabastro, aparecía el cuerpo sin vida del rey de los judíos. No se esforzaron mucho al separar el cuerpo

inerte de la cruz. Los clavos sangrientos seguían estacados en la madera.

En una camilla lo transportaron hacia el valle, por la umbría del monte. De nuevo ladró un perro, pero esta vez se escuchó mucho más cerca. Gotas de sudor corrían sobre la frente de los legionarios. Su dirigente, un principal, les emitía las órdenes en voz baja. Debían darse prisa.

Escondidos en un granero esperaban otros dos legionarios. Un carro tirado por burros estaba preparado.

—Lo llevaremos al desierto bien adentro —anunció el principal.

Un legionario se inclinó sobre el cuerpo descubierto.

—Se supone que era el Dios de los judíos —murmulló silenciosamente a su acompañante.

—¿Un dios que sangra? —bromeó el interlocutor señalando la mano sangrienta del cadáver que asomaba por fuera de la sábana.

—¡Silencio! —advirtió el principal—. Nadie debe oírnos. Todavía nos queda un largo camino. Debemos estar alerta.

El pequeño grupo avanzaba hacia el norte. Por el polvoriento camino hacia Jabá solo podían desplazarse lentamente con el carro. Con recelo miraban a su alrededor pero nadie parecía haberse percatado de su salida. No había ni un alma. La luna empezó a salir por el Sureste en el despejado cielo. Apagaron las antorchas. Solo los perros de la ciudad parecían intuir la presencia de la carne muerta. El ladrido de los perros callejeros cada vez se escuchaba más cercano. El principal desenvainó su espada, no le gustaba sentirla cerca de su piel. Supuestamente era el Señor de los judíos, descendiente de su Dios. Supuestamente tenía poderes que trascenderían su muerte. Se hablaba de milagros: ciegos que habían recuperado la vista, paráliticos y leprosos que el Nazareno había curado, incluso muertos

que habían resucitado. De vez en cuando, el principal miraba al fajo que yacía sobre el carro. ¿Por qué el comandante le habría elegido precisamente a él para esta misión? Hubiese preferido quedarse en la ciudad y participar en los juegos de dados del almacén bebiendo vino del valle del Jordán. Un vino tinto pesado y afrutado de la región de Escitópolis que hacía olvidar fácilmente la lejanía de la ciudad natal y el tiempo que aún quedaba soportando la soledad en esta calurosa y polvorienta tierra.

—¡Malditos animales! —maldijo uno de los legionarios cuando el aullido de un perro resonó muy cerca.

—Huelen la carne de un muerto —contestó un camarada—. Están hambrientos y olfatean la presa.

—¿Entiendes por qué tenemos que sacar el cuerpo de la ciudad?

—¡Silencio! —ordenó de nuevo con voz ronca el principal—. ¡Callaos de una vez!

Los legionarios enmudecieron. Silenciosamente avanzaron junto al carro. Bajo la pálida luz de la luna, el paisaje transformaba sus rostros. El camino que empezaba a poblarse de bajos arbustos conducía hacia un pequeño cerro. El balido de las ovejas irrumpió en el silencio. Un rebaño cruzaba el camino. El principal emitió una señal a sus hombres y estos obedecieron.

—¡Dos hombres hacia delante! —exigió rápidamente en voz baja.

Los dos legionarios junto al burro se desplazaron hacia delante, sacaron sus espadas y temerosos observaron su entorno. Tan lejos como podían llegar a divisar en la penumbra, solo distinguían las ovejas que les bloqueaban el camino. De repente, un silbido llenó el aire. Antes de que los legionarios pudiesen reaccionar, una avalancha de piedras les golpeó. Un fuerte

grito retumbó en la noche. Uno de los legionarios se desplomó. Otro fue alcanzado por la cabeza y su espada cayó al suelo.

—¡Una emboscada! —gritó el principal—. ¡Luchad, romanos, luchad y salvad vuestras vidas!

Una nueva granizada de piedras diluviaba por el aire. Con un fuerte chasquido metálico uno de los pedazos golpeó la armadura torácica del principal. Si no se hubiese podido apoyar en el carro también se habría hincado en la tierra. De repente, se alzó un fuerte y estridente grito. Por todos lados se aproximaron a ellos figuras envueltas en unos apretados atuendos. El principal los miraba horrorizado. Los asaltantes alzaban al aire sus porras y hachas, pronto se abalanzaron sobre los romanos. Era impresionante la superioridad de fuerzas. A pesar de que se pudiera ver como un legionario intentaba defenderse, por todos lados había un camarada que sucumbía ante los golpes. Gritos de muerte retumbaban en la noche, agitadas respiraciones asfixiadas se extinguían en un fuerte borboteo. En grupos de cuatro, en grupos de cinco, por todos lados se arrojaban los atacantes sobre el principal. El primer golpe lo paró con su espada pero el segundo impacto que le propició un palo alcanzó su hombro. Se resistió al ataque con sus últimas fuerzas. Una vez más elevó su espada, justo antes de que un hacha se hundiera profundamente entre sus omóplatos. Un atroz dolor recorrió todo su cuerpo. A la vez sintió frío y calor. Alrededor se iban extinguendo los gritos y alaridos. La sangre del moribundo fluía por la arena.

La batalla duró poco. Pronto se derrumbó el último legionario herido de muerte y el balido de las ovejas emergió de nuevo sobre el clamor de la batalla.

*

Cavaron un profundo hoyo en la tierra suelta y ahí arrojaron los cuerpos de los muertos. Antes de que procedieran a cerrarlo, inspeccionaron todas las huellas que los pudieran delatar. Un puñal en el suelo, un casco de un legionario muerto. Todo lo tiraron en el profundo agujero, antes de que fuera tapado por las palas llenas de arena, la arena del olvido.

Al amanecer ya nada hacía recordar lo que había sucedido esa noche.

El polvoriento camino brillaba con el sol de la mañana. En los secos y extenuados campos circundantes pastaban las ovejas de un pastor judío que estaba sentado en una piedra y con gran parte de la cara tapada por una amplia capucha.

Aún se encontraba allí, en esta misma postura, cuando un batallón de caballeros apareció por el camino. Armados hasta los dientes avanzaron con sus caballos. Sus armaduras metálicas resplandecían con los rayos del sol. Con las riendas frenaron los caballos.

—¡Eh, pastor! —profirió el líder del batallón—. ¿Cuánto tiempo llevas sentado en esa piedra?

El pastor levantó la mirada.

—¡Responde si no quieres que te corte la lengua! —amenazó el comandante.

—Estoy sentado aquí desde que el sol salió por la montaña —murmuró el anciano.

—¿Has visto a una tropa romana que ha pasado por este camino? —prosiguió el jefe de los caballeros.

El anciano negó con la cabeza.

—Solo las ovejas me han acompañado desde esta mañana, no he visto ningún romano. No, desde que me siento aquí para que pasten mis animales.

—Te quiero creer —respondió el comandante brusca-mente—. Sabes que si mientes te irá bastante mal.

El caballero golpeó con las espuelas a su caballo y el resto del batallón le siguió. Las ovejas temerosas se agolparon rápidamente a los lados mientras los caballos galopaban a través del rebaño. El perro ladró con fuerza pero en cuanto el batallón desapareció por la colina, volvió a tumbarse en la hierba a los pies de su amo.

—Os tendría que haber preguntado a vosotras —musitó el anciano dirigiéndose con una sonrisa a sus ovejas—. Le habríais contado una historia bien diferente. Pero no sois más que ovejas, no más que unas bobas ovejas que balan.

Monasterio de Ettal en Oberammergau, Baviera, Alemania.

Más de dos mil años más tarde...

La pálida luz lunar sumergió el valle, al suroeste de Oberammergau, en una ilusoria luz plateada. En la aparente tranquilidad nocturna, a la umbría de la Notkarspitze de casi dos mil metros de altura, se encontraba la suntuosa abadía benedictina. Unos pasos resonaron por el claustro. Apresurados pasos, agitados pasos, pasos que hacían retumbar el miedo del fugitivo en todos los muros del monasterio. Como una sombra volaba la figura oscura por la noche. La negra túnica de monje se fundía con el fondo y solo cuando la plateada luz de la luna acariciaba la ondeante túnica se podía vislumbrar que escondía un hombre debajo. Un hombre al que la muerte le sentenciaba, un hombre que temía a la muerte, una muerte de la que no tenía escapatoria.

El ladrido de un perro irrumpió en la oscuridad y retumbó por los venerables muros. Su respiración se aceleró, su corazón palpitaba a toda velocidad cuando se vio forzado a detenerse en una oscura esquina de la capilla. Sus fuerzas se agotaban.

Miró temeroso alrededor y afinó sus oídos en la tiniebla. Quien le seguía, ¿había desaparecido?

El ladrido del perro enmudeció. Había vuelto la calma. Todos dormían, solo los dos farolillos frente al gran portón emitían una atenuada luz. Inhaló profundamente y lentamente recuperó la respiración.

Cuando hace varias semanas se reunió con aquel viejo hombre, cerca de Garmisch, no se hubiese podido imaginar que pronto temería por su vida. El anciano de vigilantes y cristalinos ojos azules revoloteaba vivaz y, a veces, perspicazmente de un lado para otro; mostraba la gran fuerza y energía que aún residía en su cuerpo a pesar de su avanzada edad. Sabía que se había implicado en un juego peligroso pero no llegaba a discernir la dimensión real del peligro en el que se encontraba por haberse llevado consigo los dos fragmentos.

A muy temprana edad había ofrecido su vida a Dios, cambió su ropa por los hábitos de monje benedictino. Durante mucho tiempo Dios y la fe en él constituyeron parte esencial de su vida hasta que los años en la Facultad Eclesiástica de Erlangen despertaron una sed insaciable en búsqueda de la verdad, la fe ya no le bastaba. Quería saber, conocer realidades que se desarrollaron hace más de dos mil años en el otro extremo del mundo. Muchos viajes le llevaron hasta las ciudades en las que Jesús de Nazaret actuó. Como misión de la Curia, buscó huellas, artefactos, respuestas a todas sus preguntas. En cambio, los hallazgos provocaron en él más preguntas e intensificaron sus dudas. Sabía que había pecado, había pecado frente a sus hermanos, frente a la Iglesia, frente a Dios, el Todopoderoso al que antes había servido fielmente. Pero Dios lo castigó. Se cayó y Dios no lo protegió. Una complicada fractura ósea que no se curaría bien y le dificultaba la capacidad de andar puso fin a su pecaminosa búsqueda de la verdad. Por eso regresó al lugar,

donde hacía numerosos años había sellado su enlace sagrado con Dios. Quería hallar la paz, pero el desasosiego y la búsqueda de respuestas a sus perturbadoras e incesantes preguntas nunca le dejaron descansar. Sabía que la herida de su pierna era un estigma que Dios había preparado para él.

Su respiración se hizo profunda, el corazón le latía tranquilamente con un ritmo acompasado. Había transcurrido casi media eternidad. Ya no podía escuchar a los perseguidores. Dio un paso hacia delante y acechó desde su escondite. El ruido metálico le hizo retraerse. Se giró y en ese instante sintió como si su cabeza explotara con un cegador rayo de luz. Llegó a percibir el golpe sobre el frío suelo de piedra poco antes de que la oscuridad le envolviera.

Cuando recuperó la consciencia le ardían en dolor las articulaciones. Poco a poco abrió los ojos. La luz de la vela titilaba. Intentó concentrarse pero el dolor lo tenía atrapado. Sin ninguna fe cerró los ojos. Todo el mundo se había vuelto contra él.